

RAFAEL CORTES CHACON -elogio a la sencillez-

María Eugenia Dengo de Vargas

Para hablar sobre el Prof. Rafael Cortés, el maestro, el amigo, el hombre, desearía tener discurso inspirado en pluma de versátil vuelo y bello giro, que dijese con justicia la excelencia de la misión de enseñar, que expresase con hermosura el elogio a la lealtad, que expresase con la palabra exacta la virtud franciscana del hombre puro y del ciudadano cabal... pero sólo tengo mi sentimiento agradecido de educadora costarricense, agradecida por lo que él ha contribuido a nuestra enseñanza. Y pienso, con todo, que la muy grande sencillez de la persona de Rafael Cortés preferiría que sea con vuelo a ras de tierra, como el de los domésticos comemaíces, con el que hable sobre él. Y con esto, ya antes de empezar siquiera, lo he dicho casi todo: Rafael Cortés es el hombre más sinceramente modesto que he conocido; no ha visto nunca ni la leve sombra, ni oído apenas el rumor del paso, de esa figura que se llama vanidad, tan conocida en los ambientes profesionales, intelectuales y universitarios y tan familiar especialmente en este muy humano medio universitario. Huye de todo lo que sea ruido, mención siquiera a su persona, reconocimiento que se le quiera hacer.

Así pues, amigo, perdóneme que, sabiéndolo, haya de traicionar su naturaleza escribiendo sobre usted; y si me aventuro a hacerlo con este simple vuelo a ras de tierra, es porque hay algo más que el resguardar su modestia, y es el deber de exaltar ante los demás, especialmente ante los educadores del país, los jóvenes, la imagen del maestro ejemplar. Porque es necesario que todos los que nos ocupamos de la educación de los niños y los jóvenes, tengamos la vivencia de los valores humanos a que deben aspirar, que sepamos todos, jóvenes y adultos, cuánta grandeza, cuánta fuerza, cuánto tesoro de diamante puro se encierra en la persona del maestro idealista, que por toda una vida ha dirigido su paso ágil y alegre, con el vigor de un espíritu siempre joven, al ambiente cotidiano del aula que es taller, que es fragua, que es servicio, que es patria. Y que

sepamos todos que la existencia que así se ha vivido es una existencia noble y fecunda que se corona con el laurel siempre fresco de la alegría y de la paz supremas del espíritu.

Sencillo es el maestro, porque se requiere una natural sencillez de alma para consagrarse, consagrarse recalco, a la vida de maestro. ¿Cómo ha llegado el joven Cortés a ser maestro? Proviene de un hogar humilde: su padre tiene un taller de zapatería en las afueras de Heredia y es ejemplo de trabajo. La madre ha sentido por quince veces rasgarse los velos de su ser con el gozo sin igual de traer un hijo al mundo: Rafael es de los menores.

Hay honda ternura en la madre, tiene que haberla habido, no de otra forma habría en el hijo esa vena sensible y profunda de humanidad. Ternura en la madre que hará decir al hijo muchos años más tarde:

"Un día te encontré mirando la luna y las estrellas; te oí reír y te oí suspirar en embriaguez de ilusiones y de pensamientos y, apasionadamente, me ocultaste en tu corazón cuando nació tu amor primero. Desde entonces pusiste tus ojos en mis ojos y una aurora abrió su fulgor maravilloso en mi existencia..."

El niño es enfermizo y sensible, pero también es fogoso y activo y recorre los potreros y cafetales de los alrededores de Heredia, bañándose en las pozas de los ríos y asaltando los "palos" de guayaba y jocote, con esa alegría inagotable de la infancia feliz, con la que también da rienda suelta a su curiosidad por la naturaleza, propia de su inteligencia atraída por el interés científico.

Entre esas andanzas y la asistencia a la escuela (la actual escuela República Argentina) transcurría la infancia en la ciudad provinciana de la primera década del siglo (había nacido el 5 de octubre de 1900), en Heredia la de los luminosos atardeceres, apenas una aldea más grande creciendo al pie del colonial campanario y al ritmo del paso de las beatas que trajinan de la casa a la parroquia envueltas en sus negros chales.

Transcurría la infancia en aquel ambiente cerrado y mojigato de la Heredia de principios de siglo, que conjugaba las aspiraciones culturales de los más jóvenes, con la patricia austeridad de los viejos y con el gazmoño celo de muchos, que había hecho salir a un Roberto Brenes Mesén de la ciudad poco después de que implantara la coeducación en el Colegio de San Agustín en 1905. Pero en el país corrían otros vientos y nuevas ideas y nuevas actitudes venían introduciéndose en la política por medio de hombres como Ricardo Jiménez. Cleto González Víquez y poco después Alfredo González Flores. Se hacía sentir también la influencia de un pensamiento revolucionario en cuanto a conceptos filosóficos, en cuanto a ideas sociales, en cuanto a las actitudes hacia la ciencia, hacia la religión y hacia las mismas costumbres. Es decir, las nuevas corrientes intelectuales y sociales del siglo XX, empezaban a penetrar en Costa Rica. Un grupo de hombres jóvenes y preparados producía un clima intelectual de verdadera efervescencia y renovación en la literatura, en la educación, en las concepciones sociales: Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, Billo Zeledón, Omar Dengo, Rafael Cardona, Joaquín Fernández Montúfar, para citar algunos de los nombres que más se hacían oír en este movimiento de cambio. Y aunque el colonial campanario continuara sus repiques y las beatas siguieran trajinando de la casa a la parroquia, las nuevas ideas llegaron hasta Heredia, institucionalizadas en el medio docente de la Escuela Normal de Costa Rica, que abrió sus aulas en 1915, fundada durante el Gobierno de González Flores por iniciativa de su hermano, don Luis Felipe González Flores.

Antes de ingresar a la Escuela Normal, el joven Cortés había tenido el contacto con el trabajo manual, de tanto poder forjador para el carácter: en 1915 había aprendido a montar zapatos en el taller de su padre don Rafael Cortés Alfaro, y había estado en 1913 y 1914 de aprendiz en el taller de fontanería y herrería. Por aquel tiempo pareciera que el oficio lo atraía: si lo abandonó enseguida para dedicarse al estudio le dejó, sin embargo, una experiencia directa que sería rica para su posterior concepción de una filosofía educativa integral y creadora, que valora el trabajo manual y el oficio.

¡Cuántas veces vimos al profesor Cortés, con sus jóvenes alumnos de la Escuela de Educación, trabajar con la lima y la sierra en las manos, confeccionando instrumentos para la enseñanza

de las ciencias y disfrutando como un adolescente del poder creativo de la labor manual! ¡Cuántas veces también lo vimos, rodeado por los alumnos de la Facultad de Educación, enseñándoles directamente las ciencias en la observación de las plantas y haciendo experimentos en la naturaleza!

Ingresa a la Escuela Normal en 1916. Esta, bajo la dirección sucesiva de don Arturo Torres, don Roberto Brenes Mesén y don Joaquín García Monge, con profesores como Omar Dengo, Rómulo Tovar, don José María y don Jorge Orozco, reunía no sólo lo más granado de la joven intelectualidad costarricense, sino que fue el semillero de las nuevas corrientes educativas, nuevas en verdad en el mundo, que sin demora se introdujeron en nuestro medio gracias a la mente abierta, dinámica, innovadora de esos hombres. Preparados unos en los Estados Unidos, otros en Chile, otros en nuestro propio país, estuvieron prestos a introducir la filosofía educativa activa y democrática de la nueva educación, así como el enfoque científico en los procesos de la enseñanza. Este ambiente, evocador de los valores de la literatura universal, del fervor por el pensamiento americano, este ambiente, que mucho tenía de pequeña república y algo también de academia auténtica y sin pedanterías, fue vital para tantos jóvenes costarricenses, maestros después, que templaron sus espíritus y maravillaron sus mentes al influjo de los de sus maestros.

Pero lo que más impacto hizo en la vida del joven Cortés -y para siempre- fue el encuentro y el contacto con Omar Dengo. Sencillo es el discípulo, con sencillez de planta silvestre, pero el maestro Dengo ama la sencillez y sabe penetrar en el corazón de los jóvenes y sabe descubrir el potencial de una inteligencia creadora para encauzarla a la acción. Al influjo del espíritu excepcional de Omar Dengo, el propio espíritu del joven abre las alas para un vuelo que no interrumpirá nunca ni el desaliento, ni la fatiga, ni los cotidianos obstáculos. Sus propias palabras nos dirán del poder sugestivo del maestro: "Para el pequeño discípulo es como entrar en el ancho corazón del padre para descubrir honduras de afecto insospechado y nuevas e inquietantes ideas que empiezan a desplegarse como las yemas de un rosal".

Así se hizo maestro, bajo el ejemplo de otro maestro: obtuvo su título en 1922. Pocos años antes de graduarse había participado con fervor

cívico en la oposición al régimen de Tinoco y en protesta había abandonado por un año la Escuela Normal, junto con los profesores que renunciaron en cuerpo cuando García Monge fue destituido. Siempre con su interés científico en el campo, estudió durante ese tiempo en la Escuela de Agricultura que dirigía don Luis Cruz Meza.

Con fervor cívico a los 19 años de edad, entre 1919 y 1920, fue soldado voluntario en el Resguardo de La Cruz, Guanacaste, reorganizado a la caída del gobierno de los Tinoco, bajo el mando del Coronel don Francisco Chacón Bolaños.

Así también, lo mismo que Omar Dengo, se alistó como soldado del Ejército que viajó a Sixola y Almirante cuando se produjo el conflicto limítrofe con Panamá, en 1921.

Trabaja primero el joven maestro y Director en una escuela primaria de San Joaquín de Flores. Luego durante algunos meses estudia Ciencias en los Estados Unidos. Fue auxiliar de Laboratorio de Física y Química y Ciencias Naturales de la Escuela Normal e Inspector. En 1927, desde la dirección de la Escuela Normal, Omar Dengo lo llama para que se haga cargo de la enseñanza de las Ciencias Naturales y de la Agricultura, cursos que enseña hasta 1940: largos años ejerciendo un magisterio que es abrir a los jóvenes el horizonte de la investigación, el interés por las ciencias, el afán por experimentar, el amor a la tierra. Los adolescentes reciben inspiración y acicate del profesor Cortés porque, si bien ejerce la enseñanza sin pretensiones y en acercamiento a la naturaleza, en algo no es sencillo Rafael Cortés: en sus ideales, que siempre los ha puesto en lo más alto, siempre con miras al engrandecimiento de esta querida patria nuestra y siempre con el sentido de comunicarlos a los jóvenes. Siempre inspirando inquietudes y nobles aspiraciones a los alumnos, así en la Cátedra, así en la colaboración a las escuelas, y a la Escuela Laboratorio, así a los educadores de la Directiva de ANDE, y a los alumnos de práctica docente de la que fue fundador con un grupo eminente.

Al año siguiente de haberse abierto la Universidad de Costa Rica y de haber involucrado en su estructura a la Escuela de Pedagogía, entonces en Heredia, el profesor Cortés es llamado para enseñar la cátedra de Metodología de las Ciencias y Agricultura Escolar, cargos que ocupa hasta 1956. Le toca también desempeñar la posición de Vice-Decano de la Facultad de Pedagogía, habiendo estado en el ejercicio del Decanato interinamente en más de una ocasión.

Con la reforma universitaria de 1957 se crea la Facultad de Educación y aquí continúa el maestro su tarea docente de trabajador incansable, de profesor optimista, de sembrador de ideales. Sirve diversos cursos: Métodos y Programas para la enseñanza de las Ciencias en la educación primaria, Fundamentos y Prácticas de Administración Escolar, Introducción a la Educación. Desempeña el cargo de Secretario de la Facultad con ese sentido de servicio eficiente que lo caracteriza. También ocupa el cargo, por elección, de Vice-Decano y es, ante todo, el consejero oportuno, discreto, de profunda sabiduría y experiencia para quien ejerce el Decanato. Fue colaborador eficiente de la Dra. Emma Gamboa, y personalmente tuve su apoyo a mi función: la enseñanza del maestro y el calor de un verdadero padre.

Combina las labores de cátedra y atención a estudiantes con la participación en comisiones, con la investigación sobre los problemas de la educación costarricense, con la producción de libros y textos, porque el tiempo para Rafael Cortés es como un cordel mágico que siempre alcanza al trabajo prodigioso. Los escritos que ha producido llevan siempre el sentido de orientar o de inspirar a los maestros, como cuando escribe: "El pensamiento de Omar Dengo en la educación costarricense", o "Bases de un programa de Ciencias para escuelas primarias" o "Selecciones literarias (la poesía en la Naturaleza)". Pero también, con un valor de sinceridad auténtico, escribe para llamarnos la atención sobre los más urgentes problemas de la educación nacional: así "Panorama de noventa y nueve años de educación gratuita y obligatoria" y "Nuestra responsabilidad en el Centenario de la educación gratuita y obligatoria".

La formación de maestros en Costa Rica, como un logro temprano y duradero de nuestra educación, tiene una gran deuda contraída con Rafael Cortés. Son casi cincuenta años, vividos con fruición, entusiasmo e ideal, dedicado a la formación de maestros para la escuelas de todo el país. Allá en Liberia (don Rafael fue en el año de 1945 el primer Director del Instituto de Guanacaste) confieso que me sentí celoso, en mi natural vanidad, del profesor Cortés, una vez que visité la ciudad en su compañía: de cada escuela, de cada lugar que visitábamos, salían maestros y maestras felices de volverlo a ver, llenos de recuerdos afectuosos y agradecidos hacia él. Si vamos a San Isidro del General, o a San Ramón, o a Limón o a

Turrialba, sucede lo mismo. ¡Cuántos jóvenes, varones y señoritas, han sentido a lo largo de estos años el llamado de la vocación docente al contacto con la personalidad vigorosa e inspiradora del maestro, cuántos se han interesado en los problemas del país por causa suya!

En cuanto a la Facultad de Educación, no temo recurrir a un lugar común para decir que Rafael Cortés es la más recia columna de esta casa, porque decirlo no es ya una figura literaria, sino una llana y simple verdad. Pero más que una columna, es parte del alma misma de la institución, y de la Universidad toda, a la que ha brindado el esfuerzo de su trabajo, la contribución permanente, rica e imaginativa de sus ideas, su fe, su gran fe en los jóvenes y en la educación. En los momentos de lucha, que no han faltado como en toda obra en la que se pone el corazón; en los momentos de paz y regocijo, que son los más cuando nos entregamos a esta labor de enseñar; en las horas de trabajo que son

continuas y fecundas para Cortés, que no sabe perder el tiempo; su ser entero ha estado al servicio de esta querida Facultad nuestra, y al servicio de la Universidad misma, que es servir a la educación nacional. Don Rafael dejó las aulas universitarias al finalizar 1970, pero ha continuado enseñando, sembrando ideales, dando ejemplo de hombría de bien y de maestro digno, y escribiendo las más hermosas páginas sobre Omar Dengo.

Porque el servicio es la norma de vida de Rafael Cortés: servicio desempeñado desde cualquier posición que ocupe, servicio ejecutado con alegría y con convicción. El servicio es el lema del maestro que lo es de verdad. Y la vida de Rafael Cortés ha combinado con sabia naturalidad, con esa profunda sencillez de su persona, el servicio que se ofrenda con la sencilla mansedumbre de las palomas, combinado con el ideal que anida en las cumbres donde moran las águilas.